

pensamientos que tan trabajado traían al pobre viejo, desde el lunes siguiente, con mi Antonio bajo el brazo me dirigí al convento.



El cual era un inmenso edificio que ocupaba la cuarta parte de la población. Los ambulatorios, corredores, patios y corrales que lo componían, no los podría recordar fácilmente; las celdas eran como trescientas; el refectorio una inmensa galería que habría podido contener un mediano ejército; el general un salón en que habrían cabido los discípulos del Tostado cuando éste leía en Alcalá. Había además una huerta de frondosísimos árboles frutales, con calles que la atravesaban en todos sentidos, y tan anchas, que es fama paseaban por ellas en coche los frailes anteriores; un estanque de agua limpidísima; juego